

El «mito del 98» en la cultura española

Francisco Sevillano Calero

La vigencia de los acontecimientos coloniales de 1898 en la cultura española ha estado unida a la imaginación de la identidad nacional (**nota 1**). Así, la significación del «mito del 98» debe interpretarse en relación con las consecuencias del lento avance de la modernización en España: su reinención como nación coincidiendo con los diferentes momentos que han jalonado su desarrollo desde finales del siglo XIX. A lo largo de este proceso, la permanencia de muchos tópicos de este mito prolongó la visión dramática de la historia nacional en el imaginario social; una visión que ha estado unida a la idea del fracaso del liberalismo y de la excepcionalidad de la historia española (**nota 2**).

En la conmemoración de su centenario, sin embargo, la imagen del «Desastre» cambió de tal visión dramática a la idea de «normalidad» de la historia de España en el conjunto de

El «mito del 98» en la cultura española

naciones europeas. Un proceso de revisión de la historia que muestra como la representación del pasado se revisa en la medida que se transforma la experiencia del presente. Sin embargo, la crítica del viejo «mito del 98» ha producido ciertos excesos, sobre todo cuando se cae en el anacronismo de hacer una «lectura externa» de aquel pasado, como también sucedió con motivo de la conmemoración del centenario de la muerte de Cánovas del Castillo, artífice del sistema restauracionista. Ello es consecuencia de las distorsiones por la generalización abusiva de determinados conceptos según su significado actual en detrimento de su sentido particular en el pasado. De este modo, en la revisión del período de la Restauración, y particularmente del «Desastre» de 1898», subyace en parte una explicación teleológica de la historia, una concepción lineal y progresiva de la misma, mediante la que se ha trivializado aquella «crisis de fin de siglo».

Los estudios sobre la cultura española consideran, en particular, el llamado «modernismo» como expresión genuina de la crisis de la cultura occidental durante los albores del siglo XX en España e Hispanoamérica, y concretamente el «simbolismo» como su rasgo más característico en la creación estético-literaria (**nota 3**). Así, tales conceptos amplían su espacio literario originario, simplificando un complejo cambio cultural

en modo alguno percibido por sus coetáneos con tanta clarividencia y homogeneidad como los críticos e historiadores en el presente. El modernismo fue, más bien, una particular expresión estética de la nueva sensibilidad que se manifestó durante un largo proceso de desintegración y recomposición del campo cultural, en parte como consecuencia de la formación de una moderna intelectualidad también en España e Hispanoamérica (nota 4).

La comprensión de tal proceso debe partir de las propias vivencias de aquella realidad. De este modo, además de un fenómeno social en un tiempo y un espacio comunes (que predisponen hacia una forma de pensamiento, experiencia y acción, como afirmara Karl Mannheim), la relación generacional es un campo de fuerza, de vivencias en conflicto que marcan la relación entre el pasado y el presente a través de esquemas colectivos de percepción y valores de apreciación. Ello permite pensar de manera compleja y dinámica las relaciones entre los esquemas culturales colectivos y el mundo social, abandonándose la primacía de este último para privilegiar la representación de los objetos sociales: se pasa así, según una conocida expresión, «de la historia social de la cultura a una historia cultural de lo social» (nota 5).

El «mito del 98» en la cultura española

Un enfoque que permite historiar «desde dentro» la cultura española en relación con la compleja representación de la realidad social en cada contexto; ese «pensar la realidad» por los autodenominados «intelectuales» desde finales del siglo XIX, rectificándose posibles lecturas «externas» al socaire de propuestas actuales. De la misma manera, es preciso contextualizar las sucesivas relecturas que del «mito del 98» se han venido haciendo: tal es el caso de la recepción de este legado intelectual en el período de entreguerras y, más tarde, de su sesgada instrumentalización ideológica en la dictadura franquista. Un planteamiento que, sin abandonar la interpretación de los propios textos, capta su sentido en relación con un contexto histórico más amplio y, sobre todo, con las categorías culturales de sus propios autores y los lectores que hicieron uso de los mismos.

A partir de esta interpretación, la idea inicial es que lo que se ha llamado «crisis de fin de siglo» fue vivida ante todo como una ruptura generacional, imbuida por un sentimiento decadente y pesimista, a la vez que por un acusado individualismo y elitismo; una vivencia que fue percibida como la quiebra del racionalismo en Occidente, poniendo fin a una época del pasado. Esta vorágine cultural neorromántica en España se desarrolló durante el período de entresiglos en

múltiples direcciones, además del modernismo. La «generación de 1898» fue una más de las manifestaciones de esa nueva sensibilidad finisecular, vivida desde un radical individualismo que llevó a rechazar a la postre cualquier identificación como grupo por algunos.

1

El panorama de la cultura española en vísperas del 98 muestra un cambio paulatino en los valores de amplios sectores sociales, como también evidenció la formación de una intelectualidad en el campo cultural frente al poder político (nota 6). La difusión, según la conocida expresión orteguiana, de una «nueva sensibilidad», al menos desde 1890, caracterizó de este modo la «crisis de legitimidad» del sistema de la Restauración al plantear de lleno el «problema de España» (nota 7). En medio de este ambiente de creciente disconformidad ideológica, los primeros síntomas particulares de crisis del positivismo en el *fin-de-siècle* estuvieron acompañados básicamente de un sentimiento de ruptura generacional por parte de «los jóvenes», quienes expresaron su rechazo a los valores de la modernidad y su diferente idea de la nación española (nota 8). Desde un común sentimiento de desarraigo, jóvenes intelectuales y creadores bohemios buscaban afirmarse frente a la cultura establecida y, por extensión, ante el

El «mito del 98» en la cultura española

sistema social en el que sus mayores habían alcanzado una posición de predominio institucional.

A partir del empleo de la palabra «modernista» en la misma época como calificativo despectivo de lo novedoso y la rebeldía de algunos de estos jóvenes creadores, la crítica posterior de principios de los años treinta convino aglutinar como modernismo el clima general de rechazo del positivismo burgués desde finales del siglo XIX. Sin embargo, se debe reiterar que los nuevos valores vitales e intelectuales de fin de siglo fueron un fenómeno más amplio que el movimiento estético modernista; inicialmente, el modernismo fue una de las manifestaciones que adoptó el rechazo de la sociedad moderna en medio de la disolución de las certezas racionales y de la relativización del conocimiento general por el redescubrimiento neorromántico de la conciencia individual.

Esta «ruptura generacional» en el período de entresiglos fue vivida esencialmente como actitud disidente frente a «los viejos». Martínez Ruiz, «Azorín», que a comienzos del nuevo siglo declaraba el carácter iconoclasta de su generación, concluía señalando que «lo realmente extraño y lamentable es que los ataques contra los viejos no sean más frecuentes y más enormes, porque eso indicaría en la juventud una vida y una pujanza que España necesita, indefectiblemente, para

su renacimiento futuro» (nota 9). Más explícito, Pío Baroja observaba bastantes años después:

«En mi tiempo, más que hostilidad o lucha, hubo disidencia. En España, hace algo más de cuarenta años, como en casi todos los demás países de Europa, la juventud se encontró con que del mundo entero llegaba una literatura y una filosofía de las más fuertes y de las más expresivas de la Historia.

Aunque muchos de los representantes de esta literatura escribían hacía tiempo en sus respectivos países y otros se habían muerto, para la juventud de 1890 a 1900 se presentaron estos autores en tropel. Eran Ibsen, Tolstoi, Turguenef, Dostoyevski, Nietzsche, Baudelaire, Verlaine, etc. La gente joven quedó pasmada. Los viejos, en su mayoría, pretendieron ignorar estos escritores y hacer como que no existían; pero esto era imposible. Al mismo tiempo se conocieron autores más antiguos, como Stendhal, Schopenhauer, Carlyle, etc. Querer desconocerlos por supuestas razones de patriotismo o de política, era una pretensión ridícula. Achacar a los jóvenes antipatriotismo por eso, era un absurdo» (nota 10).

En su opinión, era el espíritu de «la generación de 1870». Curiosamente, Baroja había negado, pocos años antes, la existencia de una «generación de 1898» (nota 11), aunque quizá haya que decir más bien que lo que le preocupó en más de una ocasión fueron las implicaciones políticas de este

El «mito del 98» en la cultura española

grupo generacional, sobre todo desde el inicio de la «Gran Guerra» (nota 12). Una generación aquella otra, la de 1870, «lánguida y triste», como la calificó el propio Baroja, que si bien fue «excesivamente literaria», lo cierto es que «pretendió conocer lo que era España, lo que era Europa, y pretendió sanear el país» (nota 13). Juventud desarraigada y agresiva que compartirá los nuevos valores morales de la época: «el individualismo, la preocupación ética y la preocupación de justicia social, el desprecio por la política, el hamletismo, el anarquismo y el misticismo», mientras que, en política, «se marchaba a la crítica de la democracia, se despreciaba el parlamentarismo por lo que tiene de histriónico y se comenzaba a dudar, tanto de los dogmas antiguos como de los modernos» (nota 14). Pío Baroja recordaba así su temprano rechazo a la democracia cuando el general Primo de Rivera parecía asentar su gobierno autoritario y practicar su demagógica «regeneración» de España.

Hay que insistir en que la actitud de rechazo de la modernidad adoptó distintas expresiones en el panorama cultural español. Si las nuevas corrientes de ideas aproximaron, por un lado, filosofía y literatura a través de novedosos géneros creativos (como sucedió con el grupo de «jóvenes intelectuales» que, en torno a la derrota de 1898, alcanzaron su madu-

rez inmersos en una crisis de conciencia personal), por otro, el modernismo se desarrolló sobre todo como movimiento estéticamente innovador, expresión de rebeldía iconoclasta contra los valores establecidos. Esta puntualización es importante para evitar diluir cualquier especificidad, percibida individualmente por muchos de estos intelectuales y artistas, en medio de la nueva sensibilidad que comenzó a sacudir los cimientos de la cultura occidental en el período de entresiglos. Ello permite explicar sus afinidades, pero también las suspicacias y reticencias de muchos de ellos a ser en ocasiones calificados en un determinado sentido.

Las opiniones de Miguel de Unamuno son sintomáticas. Su espiritualidad, como expresión del alma, le hace exclamar: «¡si se pudiera transmitir el pensamiento puro, sin más palabras que aquellas vaguísimas y esfumadas en que se apoya dentro del alma!», para concluir: «¿por qué no discurrir con metáforas?» (nota 15); pero si Unamuno declara así su preocupación por el estilo y reconoce que el lenguaje es metáfora, también rechazará el nuevo esteticismo modernista. En tal sentido, unos años después escribía que «me es sospechoso y lo creo perjudicial hasta para la belleza y el arte. El emperrarse en no producir sino belleza impide producir más alta belleza» (nota 16). Una actitud que supera los estrechos

El «mito del 98» en la cultura española

márgenes de su individualidad como literato para inscribirse en unas más amplias coordenadas creadoras opuestas al modernismo.

Bastante tiempo más tarde, no obstante, el poeta Juan Ramón Jiménez calificó a Unamuno «como el más grande de los modernistas, por lo teológico de su modernismo», reaccionando en contra del lugar común en la crítica de su época, tanto en España como en Hispanoamérica, que «le ha quitado al modernismo la pujanza, la fuerza, la juventud, fijándose más en lo accesorio y en lo decorativo que en lo trascendental del movimiento, de la época» (nota 17). Ciertamente, a principios del nuevo siglo el modernismo era visto mayoritariamente como un movimiento estético-literario, juicio ante el que los propios modernistas se limitaron a destacar la actitud intimista de rebeldía que subyacía en esta escuela literaria (nota 18); incluso se reconocía, como hacía el poeta mexicano Amado Nervo en 1907, que «ni en América ni en España nos hemos puesto aún de acuerdo sobre la significación de tan socorrida palabreja» (nota 19). Confusión y ambigüedad iniciales en relación con el modernismo como escuela literaria que contrasta vivamente con la imagen clarividente que del mismo se ha terminado construyendo al cabo de los años. Si la cultura en los albores del siglo XX en España es un

aspecto ampliamente conocido, no es menos cierto que su comprensión ha estado condicionada porque la historia de la cultura ha mantenido una fuerte dependencia de la historia de la literatura. La interpretación de la «crisis de fin de siglo» debe descubrir ciertamente «pautas unitarias de cultura» más allá de sus manifestaciones sectoriales (nota 20); pero no por ello se debe producir una generalización abusiva de ciertos términos.

Por otra parte, conviene entender el significado más amplio de tal crisis como el antecedente de una larga «posmodernidad», o al menos como su referente (nota 21), según ocurrió con el decadentismo y el pesimismo que resultaron de la quiebra de la idea de progreso en medio de un estado de confusión (nota 22). En relación con los orígenes de este amplio proceso de cambio, truncado en España por las consecuencias de la guerra civil en 1936, el noventa y ocho español adquiere otra parte de su significado; su influencia concreta en la reformulación del proyecto de España como nación fue, así, el principio de un ambiente cultural más amplio, inseparable del avance de la modernidad que caracterizó la crisis del sistema restauracionista. De manera sintomática, en medio de este proceso Ortega y Gasset rechazó las viejas ideas del siglo

El «mito del 98» en la cultura española

XIX, «¡El siglo de la modernidad...!», al proclamar «no soy nada *moderno*, pero muy *siglo XX*» (nota 23).

2

La «generación del 98» constituye una más de las tempranas manifestaciones de esa nueva sensibilidad, que en sus comienzos adoptó la forma de crítica radical de la modernidad, tal y como expresaba el doloroso y agónico pesimismo frente al presente de España. Precisamente, fueron las distintas maneras de protesta las que permitieron los contactos entre estos primeros «intelectuales», forjándose su identidad como grupo a partir del entrecruce inicial de sus trayectorias individuales. Ajena a la formulación de propuestas alternativas de carácter constructivo, esta intelectualidad será consciente de su labor crítica, viéndose pronto sumida no sólo en la decepción, sino en una profunda desorientación en medio de la crisis de valores durante el cambio de siglo. Es sobre todo esta falta de un proyecto constructivo que hizo que su egolatría, ese «santificar el egoísmo» que escribiera Baroja en 1917, disolviera su unidad como generación, pues «como nosotros no teníamos ni podíamos tener una obra común que realizar, nos fuimos pronto dividiendo en pequeños grupos, y concluimos por disolvernarnos» (nota 24). Cuando las filias y las fobias ante los contendientes en la «Gran Guerra» eran

más acusadas, Baroja daba por disuelta aquella generación; luego simplemente negaría su existencia.

Así, su condición de intelectuales, con conciencia de sí mismos y de la trascendencia de su labor como minoría rectora, fue la que constituyó el «eje articulador» de su actuación más allá de su concreta individualidad, como lo demuestra su reacción ante el «Desastre de 1898», su particular relación con la política o el mismo significado de la disputa intergeneracional que se producirá poco antes de la guerra mundial. El deber de influir y dirigir a la sociedad permite entender la particular vivencia de la derrota por quienes entonces eran un grupo de intelectuales radicales. Su indiferencia evidencia el alejamiento del discurso público dominante, como lo pone de manifiesto la denuncia por Unamuno de la «patriotería hipócrita», bajo la que «la Historia, la condenada Historia, nos oprime y ahoga, impidiendo que nos bañemos en las aguas vivas de la Humanidad eterna, la que palpita en hechos permanentes bajo los mudables sucesos históricos» (nota 25). En última instancia, la concepción esencialista de la nación española (que el propio Unamuno ya expusiera en el conjunto de ensayos *En torno al casticismo*), lo mismo que la incredulidad en el proyecto regeneracionista, no fueron ajenos

El «mito del 98» en la cultura española

al rechazo frontal del avance del progreso, tal como escribió Miguel de Unamuno:

«Retírese el Don Quijote de la Regeneración y del Progreso a su escondida aldea a vivir oscuramente, sin molestar al pobre Sancho el bueno, el simbólico *idiot*a, sin intentar civilizarle, dejándole que viva en paz y en gracia de Dios en su atraso e ignorancia. ¡En paz y en gracia de Dios! He aquí todo. Sí, esto es todo y lo demás nada» (nota 26).

No obstante, como intelectuales que se vieron arrastrados por las propias circunstancias del país, no dejó de producirse su compromiso con la política más allá de la actitud primordial de protesta que siempre les caracterizó y, por supuesto, de la mera evasión contemplativa como literatos, aunque la rápida decepción en una reforma del sistema hiciera que, por ejemplo, Unamuno se preguntara en 1922: «¿Quiere esto decir que sea yo un resignado o un escéptico, un puro contemplativo encerrado en la torre de marfil o un cuco? ¡No! Quiere decir tan sólo que ni entiendo ni siento la acción social como la entienden y la sienten por lo común nuestros hombres públicos, nuestros políticos» (nota 27). Para algunos de aquellos primeros intelectuales, su protesta era la expresión genuina de un liberalismo aristocrático y elitista. Como valor ético, que para Unamuno debe sustanciarse en el plano privado e interno de la vida del individuo, «la libertad es ideal y

nada más que ideal, y en serlo está precisamente su fuerza toda. Es ideal e interior, es la esencia misma de nuestro posesionamiento del mundo, al interiorizarlo» (nota 28). Esta idea de la libertad será la que impulse a algunos de ellos a la acción política, rechazando unánimemente la irrupción de las «masas» y de la democracia parlamentaria como marco de convivencia política. No dejan de ser paradigmáticas, una vez más, las palabras que Martínez Ruiz pusiera en boca de su personaje Enrique Olaiz en *La Voluntad*:

«Nuestro tiempo es un tiempo de excepción para los intelectuales. En primer lugar, el hecho que se ha mostrado claramente a todos los pensadores es que el principio democrático es un error, que los dogmas de la Revolución –*Libertad, Igualdad y Fraternidad*– contienen una contradicción, una blasfemia en contra de la naturaleza eterna [...] Consecuencia de estos tres dogmas es la Democracia, la santa, la intangible Democracia, que es el medio de realizar esos ideales... Hablo, al decir Democracia, del dogma político-social así llamado, no de esa piedad y benevolencia por las clases menesterosas, producto de la cultura de la Humanidad y que no tiene nada que ver con el dogma... Me refiero a la Democracia que tiende al dominio de la masa, al absolutismo del número, y que ya no tiene tantos partidarios como antes entre los hombres libres que piensan sin prejuicios... El número no podrá nunca ser

El «mito del 98» en la cultura española

una razón; podría serlo si la masa estuviera educada; pero para educarla, alguno tiene que ser el educador, y ese educador tiene que estar alto, para imponer una enseñanza que quizás la misma masa rehusara... Hoy todos los que no tenemos intereses ni aspiraciones políticas, estamos convencidos de que la Democracia y el sufragio son absurdos, y que un gran número de ineptos no han de pensar y resolver mejor que un corto número de inteligentes. Estamos viendo la masa agitada siempre por malas pasiones; vemos los clamores de la multitud ahogando la voz de los hombres grandes y heroicos» **(nota 29)**.

Asimismo, Pío Baroja manifestaba de forma muy clara su idea del liberalismo como una manera de ser, dado que «la libertad la llevamos todos en nuestra alma; en ellas gobierna; la libertad de fuera, de ejecutar, no la conseguiremos nunca» **(nota 30)**, definiéndose, años más tarde, como «un liberal radical, individualista y anarquista» **(nota 31)**.

Pero a pesar de su ocasional implicación en la política, este primer grupo de intelectuales entendió esencialmente su misión como actitud vital, expresada a través de su conciencia crítica. Que mejor antecedente de ello que el manifiesto *J'accuse* de Émile Zola del 13 de enero de 1898. Aquellos primeros intelectuales en España sacudieron los fundamentos ideológicos del liberalismo decimonónico en medio de la

creciente movilización política que caracterizó los procesos democratizadores. La quiebra institucional y la crisis social de los regímenes parlamentarios democráticos, sobre todo en la inmediata posguerra mundial, acabaría planteando la proyección pública del intelectual a través de su compromiso con la política.

Un tiempo después, un nuevo grupo de jóvenes intelectuales vino a tomar el relevo, intentando reconstruir la razón y su compromiso con la libertad. En la segunda década del siglo, pensamiento y política constituyeron los ámbitos en torno a los que los escritores del 98 y los jóvenes de la «generación de 1914» (calificaciones que aunque discutidas, no dejan de ser descriptivas) polemizaron acerca de la trascendencia de su condición de intelectuales ([nota 32](#)). La recuperación de los fundamentos de la razón frente al pesimismo nihilista significaba para estos jóvenes su compromiso político desde un proyecto liberal, cuando no claramente democrático. El tan traído y llevado «problema de España» centró, en torno a 1909, las disputas entre Unamuno y José Ortega y Gasset acerca de la necesidad de la ciencia y de la europeización del país; una solución postulada por esa nueva «generación» que se sintió herida por el «Desastre» de 1898 y cuya autoconciencia generacional, como reivindicaría el propio Or-

El «mito del 98» en la cultura española

tega, acabó provocando la respuesta interesada de Azorín al monopolizar, en 1913, la presunta «generación de 1898» (nota 33). Aquellos jóvenes se autoafirmaron al rechazar el pesimismo de sus mayores, preconizando la moral de la ciencia y la vigencia de la verdad como únicas vías para la modernización de España. Su diálogo con las corrientes del pensamiento europeo y las ideas de sus mayores sobre las circunstancias españolas permite comprender la postura y el quehacer de aquellos nuevos intelectuales.

En el ámbito filosófico, fue Ortega y Gasset, como «espectador» de su tiempo, quien advirtió contra el hecho de que:

«la historia de la ciencia del conocimiento nos muestra que la lógica, oscilando entre el escepticismo y el dogmatismo, ha solido partir siempre de esta errónea creencia: el punto de vista del individuo es falso. De aquí emanaban las dos opiniones contrapuestas: es así que no hay más punto de vista que el individual, luego no existe la verdad –escepticismo–; es así que la verdad existe, luego ha de tomarse un punto de vista sobreindividual –racionalismo–» (nota 34).

Consecuencia de la reconfiguración de su aprendizaje neokantiano, desarrolló su teoría del «perspectivismo»; en su opinión, la realidad no deja de ofrecerse a través de las múltiples perspectivas individuales, denunciando, antes de proce-

der a la superación de la dialéctica entre idealismo y realismo, que la renuncia a la verdad, la doctrina «relativista», es una «teoría suicida» (nota 35). La verdad, a través del método de la «razón vital», afloraba entre la circunstancia del individuo y su innata historicidad. En una nueva edad, que ponía fin a la modernidad racionalista, Ortega y Gasset aparece como un decidido impulsor de la modernización de España a través de la moral de la ciencia, propugnando el liderazgo moral de las élites intelectuales a través de un nuevo liberalismo en el ámbito político. Ello no implica presentar a Ortega como un adalid de la democracia, pero sí evitar las distorsionadas visiones de su pensamiento liberal tanto por la izquierda como por los jóvenes falangistas en los años treinta. Pero será otro miembro de su generación, Manuel Azaña, quien mejor acabe fundamentando un nuevo proyecto político, republicano y democrático. El compromiso político del intelectual aparece ahora como indivisible de su pensamiento.

Bajo la dictadura de Primo de Rivera, la polémica en torno al papel de los intelectuales galvanizó precisamente la vida cultural y, cada vez en mayor medida, la política, a lo que no permaneció ajena la valoración del significado ideológico del 98 en aquel contexto (nota 36). Frente a los «voceros» que inmediatamente después del golpe de Estado vincularon

El «mito del 98» en la cultura española

gozosamente las ideas del regeneracionismo con el régimen de Primo de Rivera, no faltaron quienes negasen cualquier trascendencia política a la «generación de 1898», como así opinaba Azaña:

«la posición de aquellos hombres (de aquellos, porque han cambiado bastante) era esencialmente crítica. Si algo significaron en grupo (la obra personal los ha diferenciado, jerarquizándolos como es justo) débese a que intentaron derruir los valores morales predominantes en la vida de España. En el fondo, no demolieron nada, porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias [...] en el orden político lo equivalente a la obra literaria del 98, está por empezar» [\(nota 37\)](#).

No obstante ambas posturas ambivalentes, el mejor referente para apreciar el alcance político del legado del 98 sea la trayectoria de su figura más emblemática, Miguel de Unamuno. Símbolo de la oposición intelectual a la monarquía y al dictador Primo de Rivera, será nombrado *Ciudadano de Honor de la República* y elegido diputado por la Conjunción republicano-socialista en las Cortes Constituyentes de 1931, para acabar sumido en la desolación después de haber apoyado el golpe de Estado de julio de 1936 contra la República:

«Cuando nos metimos –yo el primero– a combatir la dictadura primo-riberana [sic] y la monarquía lo que trajo la república no era lo que fue después la que soñábamos; no era la del desdichado frente popular y la sumisión al más desatinado marxismo y al más necio pseudo-laicismo –¡aquellos imbéciles de radicales-socialistas!– pero la reacción se prepara, la dictadura que se avecina, presiento que pese a las buenas intenciones de algunos caudillos, va a ser algo tan malo; acaso peor. Desde luego, como en Italia, la muerte de la libertad de conciencia, del libre examen, de la dignidad del hombre» **(nota 38)**.

El patetismo que trasluce este fragmento epistolar de Unamuno (cuando ya septuagenario había hecho de sus palabras, poco antes, un acto de protesta ante el general Millán Astray en la Universidad salmantina) muestra el aislamiento y la agonía de un liberalismo que, radicalmente individualista y apenas empujado al juego democrático, acabó entregándose, en medio de la polarización política y el miedo a la revolución, a la defensa del «orden» en nombre de la salvación de la patria, como había sucedido en Europa con el ascenso del fascismo.

Frente a la política republicana, Baroja explicó que «esta falta de patriotismo natural de gran parte de la juventud literaria de mi tiempo no era sólo culpa de ella, sino principalmente

El «mito del 98» en la cultura española

de los políticos, que miraban el patriotismo como una maniobra retórica para disimular errores y torpezas» (nota 39). En 1937, opinaba que «el hecho de que la mayoría de los escritores viejos españoles seamos odiados, indica nuestra neutralidad» (nota 40), aunque personalmente reconocía:

«Ciertamente, a los que seguimos siendo liberales no nos asusta la falta de libertad de acción de las dictaduras; lo que nos molesta es la falta de libertad de pensamiento [...] Hoy los liberales tenemos que pensar en la posibilidad de la dictadura. La aceptaríamos con gusto si ella pudiera dar el mínimo de esencia liberal necesaria, para la vida del pensamiento, y al mismo tiempo acabara con la repugnante crueldad que hoy reina en España.

Ya se comprende que la dictadura no tiene los caracteres de un régimen definitivo. Parece más una forma transitoria, pero es la única posible en el país en este momento» (nota 41).

Por esas mismas fechas, el 4 de julio de 1937, el filósofo y ensayista Julien Benda presentaba su ponencia en el *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura*, celebrado en Valencia. Allí, recordó que la «traición de los intelectuales», su defección a los verdaderos valores morales como consecuencia de su sumisión a intereses bajamente egoístas, no suponía negar que «el intelectual está encua-

drado perfectamente en su papel cuando sale de su torre de marfil para defender los derechos de la justicia contra la barbarie» (nota 42). Esta afirmación trae inevitablemente a discusión la trascendencia política de la «revuelta intelectual» en España durante el primer tercio del siglo XX. Ante todo, hay que comenzar diciendo que ello nada tiene que ver con la parcialidad con la que se ha hablado de la «libertad traicionada» por aquellos intelectuales, abriendo la «caja de Pandora» con su radicalismo (nota 43). Se debe puntualizar que atribuir la crisis del sistema restauracionista a la crítica feroz y caprichosa de aquella intelectualidad no deja de ser un juicio demasiado simple, cuando no distorsionado en exceso.

3

La recepción, y consiguiente construcción de nuevos significados, del legado intelectual del 98 en el clima político y social de la década de 1930 y en la inmediata posguerra española favoreció las visiones parciales y fuertemente ideologizadas tanto de la izquierda republicana y socialista como de la derecha conservadora y radical. Ello ocurrió no sólo en relación con el significado de su elitismo intelectual, sino también de su nacionalismo, a lo que contribuyeron las trayectorias personales de aquellos personajes (nota 44).

El «mito del 98» en la cultura española

En aquel contexto histórico, cabe hablar más bien del creciente aislamiento y ambigüedad de sus ensoñaciones y proyectos liberales, sin obviar que no faltaron quienes en medio del desastre continuaron creyendo firmemente en la necesaria convivencia democrática. La guerra civil muestra, así, la debilidad de las culturas políticas liberal y democrática, que hubieron de soportar fuertes tensiones, acabando por sucumbir ante la reacción que, en plena modernización de la sociedad española, significó la dictadura franquista.

Pero si la crítica de los escritores noventayochistas a los principios de la modernidad (la razón, el progreso y las libertades políticas) y su incompreensión de los fundamentos de la democracia, restablecidos en parte por «los jóvenes» intelectuales de 1914 frente al pesimismo de sus mayores, no condujeron a la dictadura del «nuevo Estado», lo cierto es que sirvieron en parte como referente ideológico de la crisis política de la República (nota 45). De este modo, el fascismo español encontró de alguna manera el fundamento intelectual de su idea de España en el espíritu crítico de aquellos escritores liberales imbuidos por el españolismo. Los jóvenes falangistas (los «nietos del 98», que dijera Giménez Caballero) mostraron así su rebeldía y protesta contra lo que para ellos era la derecha caduca y frente a la amenaza de la izquierda.

El propio Giménez Caballero cuenta como pidió permiso al general Millán Astray, entonces responsable de Prensa y Propaganda, con motivo de la muerte de Unamuno para ir a su casa y su entierro: «Me miró de tal modo con su único ojo, ya que el otro tapado anticipaba la ferocidad del famoso Dayan de Israel, que comprendí. Ordenándome: “Haz un artículo”» (nota 46). Aquel artículo fue publicado en todos los periódicos disponibles, reivindicándose la figura de Unamuno por una nueva generación en un momento capital de la afirmación de España:

«La noche final del año 1939 se ha llevado al exponente más decisivo que tuvo esa generación llamada del 98 a don Miguel de Unamuno.

Una generación nacida en torno a los últimos desastres de nuestro imperio –1898–, y muerta, quizá, al morir don Miguel de Unamuno en este año en que toda una nueva generación está salvando de aquellas ruinas la afirmación de un nuevo Imperio, de una nueva vida, para los años venideros que empiezan en este de 1937. Por eso ha parecido simbólica esta desaparición del “abuelo” –crítico y agónico– frente a la irrupción de los “nietos” constructores, sin agonía, ya ya sin temor a la muerte».

¿Cuál era el legado que se recibía de aquella generación? Al respecto, escribía Giménez Caballero:

El «mito del 98» en la cultura española

«Contra lo que se cree, no fue una generación perversa y derrotista, esta del 98, esta de los “abuelos”.

Fue una generación –como todas en su juventud–, llena de ilusiones y afirmaciones patrias. Pero la fatalidad histórica hizo que allá por el 1898 se encontrase, esta generación, una España deshecha, moral y materialmente; con un falso sistema político –el liberal parlamentario–, que quería hacer de nuestro país un reflejo de lo inglés o un aspecto de lo francés, es decir, lo más contrario a nuestra agonía. Por eso, en aquellos instantes de desilusión, de pérdida de Cuba y de Filipinas y de malversación espiritual de nuestro carácter, aquella generación tuvo un grito de rebeldía. Y sonó en reconstruir una nueva España, terminando de derrumbar la existente entonces. Pío Baroja, se dirigió a buscar los tipos característicos del pueblo y nuestros paisajes; y en “César o nada”, influido por Nietzsche, dejó las primeras páginas prefascistas o prenacionistas de un mejor futuro español. Azorín, descubrió nuestras viejas ciudades tradicionales y su poesía. Benavente, la fina comedia de nuestros intereses creados. Valle Inclán, la grandeza de la guerra civil. Maeztu, el sentido católico de la hispanidad. Unamuno quiso ser un reformador de la juventud. Por eso eligió como residencia ideal Salamanca, ciudad de Renacimiento y de Reforma, de teorías y de teologías. Fue un místico que no temió rayar en la herejía buscando una generación entusiasta, dramática, violenta, con sentimiento trágico de

la vida. Hasta el punto de que Ortega y Gasset –su sucesor de magisterio espiritual– le atacó con estas palabras: “Unamuno, morabito insigne que entre las piedras reverberantes de Salamanca, inicia una juventud tórrida en el energumenismo”.

Pero ni Unamuno, ni ninguno del 98 inició a esta juventud, ni en la cautela, ni en el enchufe, ni en la burocracia, como hizo la generación auténticamente fatal para España: la “europeizante”, la del “servicio a la República”, la de 1931, de que era jefe don José Ortega y Gasset.

La generación del 98 –por su temperamento y su coyuntura histórica–, fue la última generación romántica de España. Nietzscheana y soñadora. Cuando el golpe de Estado de 1923, esa generación creyó llegado su momento. Por aquello de Costa y del cirujano de hierro. Pero se equivocó o le equivocaron. Cuando el 14 de abril, Unamuno, creyó otra vez llegado su momento, y también se equivocó o lo equivocaron.

Esa generación sólo sacó disgustos y peleas de la vida española. Jamás una prebenda. Fue pobre, modesta y en el fondo, notablemente intencionada. Romántica.

Pero por ser romántica –y Unamuno su mayor exponente–, no dio a España todo cuanto pudo haber dado» (nota 47).

De esta forma, los principales tópicos en torno a la «generación del 98», y sobre todo su nacionalismo estético y es-

El «mito del 98» en la cultura española

piritual, quedaron fosilizados por la parcial «rehabilitación» de la obra literaria de aquellos escritores en la posguerra española. En este sentido, el conflicto interior de la vanguardia falangista entre modernidad y reacción se hallaba dominado por una orientación hacia el pasado (**nota 48**), como ocurrió con la sesgada recuperación del legado de aquellos escritores noventayochistas.

1. Entre los primeros balances acerca del llamado «género invencionista» en la literatura española, hay que citar JUARISTI, Jon, «La invención de la nación. Pequeña historia de un género», *Claves de Razón Práctica*, n.º 73 (junio 1997), pp. 2-9.
2. Para la relación entre la percepción del pasado y el giro historiográfico que se ha producido en la representación de la historia de España, véase JULIÁ, Santos, «Anomalía, dolor y fracaso de España», *Claves de Razón Práctica*, n.º 66 (octubre 1996), pp. 10-21.
3. Véase, acerca de la influencia del simbolismo belga, LOZANO MARCO, Miguel Ángel, *Imágenes del pesimismo. Literatura y Arte en España. 1898-1930*, Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2000.
4. En este sentido, estimo más correcto resaltar tal sensibilidad como común a los creadores modernistas en Hispanoamérica y los escritores españoles de la llamada «generación del 98», según aparece expuesto en ABELLÁN, José Luis, «Modernismo: *Ariel* como símbolo», en *El 98 iberoamericano*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1998, pp. 149-159. Sobre el ambiente intelectual y creativo de fin de siglo en España, y su evolución posterior, véanse CALVO CARILLA, José Luis, *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998 y CEREZO GALÁN, Pedro, *El mal del siglo: el conflicto entre ilustración y romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, obras que sitúan el caso español en una perspectiva europea más amplia
5. CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Estudios de historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 53.

El «mito del 98» en la cultura española

6. Además de otros trabajos, véanse JULIÁ, Santos, «La aparición de “los intelectuales” en España», *Claves de Razón Práctica*, n.º 86 (octubre 1998), pp. 2-10 y, del mismo autor, «Protesta, liga y partido: tres maneras de ser intelectual», *Ayer*, n.º 28 (1997), pp. 163-192, además de los trabajos reunidos en SERRANO, Carlos (ed.), «El nacimiento de los intelectuales en España», *Ayer*, n.º 40, 2000.

7. La idea del inicio de la «crisis de la Restauración» como una crisis ideológica latente que eclosiona con la «crisis de 1898» tiene un largo arraigo historiográfico, si bien no ha estado exenta de matizaciones. Véase ESTEBAN DE VEGA, Mariano, «La crisis del 98 en la crisis de la Restauración», en *Las crisis en la historia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995, pp. 201-211, así como las aportaciones sobre la «crisis de 1898» en SERRANO, Carlos, *Final de Imperio. España, 1895-1898*, Madrid, Siglo XXI, 1984 y, del mismo autor, *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Madrid, Casa Velázquez, 1987, si bien la imagen de las movilizaciones populares en el período de entresiglos ha suscitado distintas observaciones. Caben citar, además, las diversas contribuciones reunidas en SALAÜN, Serge y SERRANO, Carlos (eds.), *1900 en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

8. FOX, Inman, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997; VARELA, Javier, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999; y SÁNCHEZ ILLÁN, Juan Carlos, *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002. Sobre la idea decimonónica de España como nación,

hay que citar ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001. Véanse, asimismo, las tesis expuestas en CACHO VIU, Vicente, *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, Barcelona, Quaderns Crema, 1998 y UCCELAY-DACAL, Enric, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

9. AZORÍN, «Somos iconoclastas», *Alma Española*, 10-I-1904, en VALVERDE, J. M.^a (ed.), *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz (1894-1904)*, Madrid, Narcea, 1972, p. 258.

10. BAROJA, Pío, «La lucha de las generaciones», en *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1993³, t. V, p. 1095.

11. BAROJA, Pío, *Divagaciones apasionadas* [1924], en *O. C.*, t. V, pp. 496-498.

12. Al respecto, confróntense las opiniones expuestas en VARELA, Javier, «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de Razón Práctica*, n.º 88 (diciembre 1998), pp. 27-37 y JULIÁ, Santos, «Azaña ante la Gran Guerra», *Claves de Razón Práctica*, n.º 94 (julio/agosto 1999), pp. 64-67. Véase, asimismo, MEAKER, Gerald H., «A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en SCHMITT, Hans A. (ed.), *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65.

13. BAROJA, Pío, *Tres generaciones* [1926], en *O. C.*, t. V, p. 574.

14. *Ibidem*, p. 575.

El «mito del 98» en la cultura española

15. UNAMUNO, Miguel de, «Intelectualidad y espiritualidad» [1904], en *Obras Selectas*, Madrid, Editorial Plenitud, 1965⁵, p. 195.
16. Carta de Miguel de Unamuno a Viriato Díaz Pérez, 25-III-1909, en ROBLES, Laureano (ed.), *Epistolario inédito*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, t. I, p. 257.
17. GULLÓN, Ricardo, *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Taurus, 1958, p. 113.
18. Así se expresaba, en 1902, Eduardo L. Chávarri al contestar a la pregunta *¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del arte en general y de la literatura en particular?*, cit. en GULLÓN, Ricardo, *El modernismo visto por los modernistas*, Barcelona, Labor, 1980, pp. 91-98.
19. NERVA, A., «El modernismo» [1907], cit. en GULLÓN, Ricardo, *El modernismo...*, p. 99.
20. SCHORSKE, Carl E., *Viena Fin-de-Siècle. Política y cultura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981 (ed. or. en inglés de 1961), p. 16 y, del mismo autor, «La historia y el estudio de la cultura», en *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*, Madrid, Taurus, 2001 (ed. or. en inglés de 1998), pp. 355-376.
21. Resultan sugerentes, en este sentido, las observaciones que Pedro Laín Entralgo hiciera en el artículo de opinión «Mis posmodernos», *El País*, 18-12-1997, p. 11.
22. No ha pasado desapercibida la ambigua relación del pensamiento a fines del siglo XIX con el posmodernismo, como sucede en el caso

de Nietzsche; véase KOELB, Clayton (ed.), *Nietzsche as Postmodernist*, State University of New York, 1990.

23. ORTEGA Y GASSET, José, «Nada “moderno” y muy “siglo XX”» [1916], en *El Espectador*, Madrid, El Arquero, 1975⁴, t. I, p. 33.

24. BAROJA, Pío, *Juventud, egolatría*, [1917], en *O. C.*, t. V, p. 204.

25. UNAMUNO, Miguel de, «La crisis del patriotismo» [1898], en *O. S.*, p. 145.

26. UNAMUNO, Miguel de, «La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España» [1898], en *O. S.*, p. 180.

27. Carta de Miguel de Unamuno a Francisco Giner de los Ríos, en *Epistolario inédito...*, t. II, pp. 115-116.

28. UNAMUNO, Miguel de, «¡Adentro!» [1900], en *O. S.*, p. 186.

29. AZORÍN, *La Voluntad* [1902], Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, pp. 198-200.

30. BAROJA, Pío, *El tablado de Arlequín* [1904], en *O. C.*, t. V, p. 32.

31. BAROJA, Pío, *Juventud, egolatría* [1917], en *O. C.*, t. V, p. 214.

32. Una exposición sobre el fenómeno generacional que caracterizó el final del desarrollo del modernismo en Europa aparece en WOHL, Robert, *The Generation of 1914*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1979. Un extenso enfoque del pensamiento político español en relación con las corrientes de ideas en Europa puede verse en STORM, Eric, *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España*

El «mito del 98» en la cultura española

del cambio de siglo (1890-1914), Madrid, Biblioteca Nueva/Sociedad Menéndez Pelayo, 2001.

33. La reflexión más clarividente al respecto continúa siendo el artículo de CACHO VIU, Vicente, «Ortega y el espíritu del 98», *Revista de Occidente*, n.º 48-49 (mayo 1985), pp. 9-53. Hay que citar, del mismo autor, las notables aportaciones a un renovado conocimiento de la cultura de entresiglos en España que aparecen en su recopilación *Repensar el noventa y ocho*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

34. ORTEGA Y GASSET, José, «Verdad y perspectiva» [1916], en *El Espectador...*, p. 24.

35. ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo* [1923], en *Obras Completas*, Madrid, Alianza Editorial/Revista de Occidente, 1984, vol. III, p. 158.

36. QUIMETTE, Víctor, *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-Textos, 1998, 2 vols.

37. AZAÑA, Manuel, «¡Todavía el 98!», *España, 20-X-1923*, en *¡Todavía el 98! El Idearium de Ganivet. Tres generaciones del Ateneo*, introducción por Santos Juliá, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 41-42.

38. Carta de Miguel de Unamuno a Quintín de Torre, 1-XII-1936, en *Epistolario inédito...*, t. II, p. 354.

39. BAROJA, Pío, *Rapsodias* [1936], en *O. C.*, t. V, p. 894.

40. BAROJA, Pío, *Ayer y hoy. Memorias* [1938], Madrid, Caro Raggio, 1997, p. 144.

41. *Ibidem*, pp. 156-157.

42. *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura* [1937], Valencia, Generalitat Valenciana/Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, 1987, vol. III, p. 22. Más ampliamente, había expuesto esta tesis en su ensayo *La trahison des clercs*, publicado en 1927 (*La traición de los clérigos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000).

43. Véase esta afirmación en MARCO, José María, *La libertad traicionada. Siete ensayos españoles. Costa, Ganivet, Prat de la Riva, Unamuno, Maeztu, Azaña, Ortega y Gasset*, Barcelona, Planeta, 1997.

44. Acerca de la influencia al respecto del crítico alemán ultranacionalista J. Petersen a finales de la década de 1920 y principios de la siguiente, véase SOUFAS, C. Christopher, jr., «Julius Petersen and the Construction of the Spanish Literary Generation», *Bulletin of Spanish Studies*, Vol. LXXIX, n.º 2-3 (Marzo-Mayo 2002), pp. 247-262.

45. Compárese esta afirmación con las conclusiones más generales aportadas en STERNHELL, Zeev (ed.), *The Intellectual Revolt against Liberal Democracy 1870-1945*, Jerusalén, The Israel Academy of Sciences and Humanities, 1996.

46. GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Memorias de un dictador*, Barcelona, Planeta, 1979, p. 91.

47. GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, «En la muerte de D. Miguel de Unamuno», *La Gaceta Regional*, 2-1-1937.

48. Véase la exposición de esta tesis en MECHTHILD, Albert, *Vanguardistas de camisa azul. La trayectoria de los escritores Tomás Borrás, Felipe Ximénez de Sandoval, Samuel Ros y Antonio de Obregón entre 1925 y 1940*, Madrid, Visor, 2003 (ed. or. en alemán de 1996). Hay

El «mito del 98» en la cultura española

que citar asimismo CARBAJOSA, Mónica y CARBAJOSA, Pablo, *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003, si bien este estudio obvia la significación ideológica de aquel grupo.